LA JERARQUIA EN LA SOCIEDAD CATOLICA Y LAS DOCTRINAS QUE SE LE OponEN

Por LUIS ARAUJO-COSTA

EL catolicismo, religión de verdad, ¿ha de llenar tan sólo unos minutos de oración mental y vocal, el tiempo del oratorio, como hay el tiempo del comedor y del cuarto de baño, o ha de colmar, por el contrario, toda nuestra vida y todos los instantes de nuestra conciencia y actividad? En otros términos, ¿cuáles han de ser las relaciones del catolicismo y de la Iglesia con la sociedad civil y cómo se ha de establecer la armonía entre ambas potestades, la espiritual y la temporal?

De las relaciones de la Iglesia y el Estado se han ocupado desde antiguo todos los tratadistas de Derecho, ya en el amplio tronco del Derecho natural, ya en la rama del Derecho político. Pueden llenarse con la materia tomos abultados y caben en su desenvolvimiento prodigios de erudición escrituraria, teológica, patristica, filosófica, histórica y jurídica, sin olvidar a Santo Tomás y al eximio Suárez, y también a los autores racionalistas que han puesto base a las teorías de la omnipotencia cesarista y del Estado, como término de una evolución en la que encierra Hegel la diversidad del mundo y del alma.

Las escuelas liberales no dejan de mencionar, cuando llegan a este punto, la conocidísima y manoseada frase evangélica de «dad a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César», como si el César no fuera también de Dios y como si en el total del espíritu y de su marcha a los diversos fines que le solicitan,

no se diera un orden de jerarquía, determinado por el hecho ineluctable de la muerte y con un determinante supremo que es la posesión de Dios en las eternas bienandanzas o en los rigores de la divina justicia, lo cual entra en los dominios de la religión y de la verdad católica.

La vida intelectual y moral, la integridad del ser, de sus categorías y de sus acciones, todo el espíritu con la multitud de sus variantes en el modo, en el lugar y en el tiempo, han de dirigirse constantemente a Dios, como a su fin último y supremo, como a la única causa final que preside y da razón suficiente a cuantos bienes legítimos se manifiestan al hombre durante su peregrinación por la tierra, porque sin la inmortalidad de cada una de nuestras almas y sin la comunión de los santos en un teocentrismo superior, nada se explica en el orden de la sociedad, cuya dirección no puede ser otra que la marcada por la realidad suprasensible de la verdad eterna.

Sin los conceptos de eternidad y de verdad, ¿cómo se han de establecer órdenes de cosas y relaciones de medios afines que llenen el alma y nos dejen satisfechos de nuestra conducta y de nuestros estados de conciencia, lo mismo en lo psicológico que en lo moral?

Desde luego que los no consagrados a la vida religiosa y que han de llenar funciones en apariencia ajenas a las postrimerías y lejos de la perfección, no ya mística, sino simplemente cristiana, necesitan, la mayoría de las veces, poner su atención y su cuidado en asuntos muy legítimos y en acuerdo absoluto con la moral y el dogma, que se refieren ya a razonamientos matemáticos, ya al experimentalismo de las ciencias biológicas y naturales, ya a diversos problemas (especulativos y prácticos) de la economía, ya al ejercicio de una carrera de la que muchas veces depende la prosperidad del país y el avance de la civilización y la cultura, ya a la administración de justicia en los Tribunales seculares, ya a las diferentes artes y oficios que componen la vida de los pueblos y la marcha civilizadora de la Humanidad a través de las centurias.

Además de la sociedad religiosa, se dan y son en el mundo absolutamente necesarias otras sociedades, incluso de las llamadas a desenvolver la industria y el comercio de las naciones y a conseguir a los individuos y a las familias amplias bases de bienestar material. No olvidemos que la propiedad es un derecho natural de los racionales y que las riquezas de índole económica usadas conforme a los principios de la ética, la caridad y lo que llaman ahora derecho social, son fuentes de inapreciables bienes espirituales y ocupan lugar de mucha importancia y resalto en el orden y la escala jerárquica de los fines que, enlazados unos a otros de menor a mayor en la línea ascendente, han de llevarnos a la posesión de Dios. ¿No habla Ramiro de Maeztu del «poder reverencial del dinero»? ¿Dónde está la disposición que prohíba el uso moderado de las riquezas con miras sociales y no de egoísmo particular?

La torcida interpretación de algunos textos evangélicos que, a primera vista y en un examen superficial, parecen decir lo contrario, ha dado origen a no pocas herejías condenadas siempre por la Iglesia. Pero ¿cómo conciliar entonces la obligación moral que nos incumbe de dirigir la vida entera a la religión, a las verdades eternas y al problema esencialísimo de la salvación del alma, si han de ocuparnos actividades distintas y, al parecer, contrarias a la más importante tarea de nuestro paso por el mundo? He aquí el punto culminante de lo que ha de ser el catolicismo en la sociedad civil.

En la esfera individual y familiar se ha de vivir como manda Dios y con arreglo a la moral más rigurosa, aunque la mayoría del tiempo haya de ser consagrada a funciones y actividades del mundo. Que Dios, su Providencia, sus mandamientos y su ley se hallen siempre en nuestra conciencia moral, por más que la conciencia psicológica, la atención del oficio desempeñado se divierta en las materias profanas que nos dan condición en el comercio de los hombres. No significa esto, claro está, cerrar la puerta de la capilla para entrar en el laboratorio ni constituir (como quisieron algunos pensadores que no llegaban a comprender la uni-

dad del alma, la unidad de los fines humanos y la unidad de los saberes mentales) esos tabiques que reducían la inteligencia, la voluntad y el espíritu a compartimentos aislados, sin comunicación posible de unos a otros, bajo la fórmula de las verdades distintas y la convicción de que puede una cosa ser verdadera en un determinado sentido y falsa en el otro.

Todo ello viene de confundir con las esencias de lo que individualmente existe, los signos de la representación intelectual y los ideogramas del conocimiento. No. El caso a que me refiero constituye un ejemplo de lo que pudiera denominarse automatismo moral. Mientras la conciencia psicológica realiza los esfuerzos de un legítimo trabajo profano, la conciencia moral vigila desde el inconsciente y da unidad y jerarquía de espíritu a la vida del que trabaja y se produce fuera de las obras religiosas o inmediatas a la religión. Ampliemos a la totalidad del alma y a las estrechas relaciones de lo moral con lo psíquico las ideas sobre el psiquismo superior y consciente, y el automatismo designado con el famoso polígono de Grasset. Sabida es la anécdota de Arquímedes cuando iba gritando «¡Eureka!» por las calles de Siracusa. La satisfacción de su descubrimiento ocupaba su psiquismo superior, mientras que el acto de correr como un loco por los parajes públicos, llevando a todos una noticia que no resultaba ni oportuna ni de aquel lugar, era función de lo que fué luego, andando los siglos, el polígono de Grasset.

De igual modo, pero ajustando las actividades y los pensamientos a la razón y al común sentido hemos de vivir constantemente ligados a la Ley de Dios, a las devociones católicas, a la autoridad de los jerarcas de la Iglesia, a la más estricta moral y al orden de jerarquía entre las diversas etapas del pensar y el obrar, siempre dirigidos a la consecución de nuestro fin último y supremo, si bien dejando un poco en el inconsciente lo principal durante las horas dedicadas al ejercicio profesional de cada uno y a las variadísimas formas que reviste la sociedad de los hombres en el caminar de la civilización.

Ha de tenerse en cuenta al fijar el influjo del catolicismo en

la sociedad civil, y aun en toda sociedad, sin excepción de la familia, que todo grupo social, sea de la clase que fuere, se constituye para bien de los individuos, porque son éstos en su realidad e integridad individual los que han de alcanzar a Dios salvándose o condenándose más allá de la muerte, en tanto que las sociedades humanas, por muy altas y dignas de veneración que se nos ofrezcan, acaban todas ellas su misión y el motivo de su existencia aquí abajo, en el siglo, en el mundo, en los horizontes a que alcanzan los sentidos, en el reino de lo que se pesa, se cuenta y se mide. Hay la excepción de la Iglesia Católica, cual abarca en lo íntegro de su constitución divina sus tres divisiones: militante, purgante y triunfante, y por eso es la más perfecta de todas las sociedades, incluso más perfecta que la familia. Vengamos siempre al *leit motiv* constante de los altos problemas que al ánimo solicitan de continuo: todos hemos de morir; nadie se libra de la fatal sentencia, y como no esperar otra vida mejor, centro de las almas, según el conocido soneto de Argensola, desemboca en terrible desesperación, y la idea no se acuerda con la verdad revelada, ni con los resultados del buen discurso, ni con los anhelos del alma (que aspira a un mundo más elevado de justicia y de amor), ni con el pensar unánime de los pueblos y las generaciones, ni con la luz de la inteligencia, ni con las promesas divinas, resulta que no hay aspecto de la vida, del mundo, del espíritu y del comercio de los hombres que pueda escapar a los consuelos de la religión, y así en la jerarquía de los valores sociales y morales corresponde el primer puesto a la religión y a la sociedad encargada por decreto divino de enseñarla y extenderla a los ámbitos todos de la Humanidad.

La buena doctrina sobre las relaciones entre la Iglesia y el Estado consiste en pensar y en proclamar que son dos sociedades de fines diferentes, si bien supeditado el de la entidad jurídica y nacional al de la entidad religiosa, como lo está el derecho a la moral, a la metafísica y a la teología; que cada una de ambas potestades ha de actuar con independencia de la otra; que el Estado ha de regirse por lo que manda la Iglesia en cuanto

se refiere al matrimonio, la familia, la enseñanza y los cementerios; que la armonía ha de establecerse sobre la base de una unidad teocéntrica, sin olvidar jamás el dogma de la Comunión de los Santos; que han acabado, por fortuna, los tiempos del liberalismo, y que hoy existe la tendencia a la integridad del ser en la corriente caudalosa del espíritu hacia Dios, sin que tengan ya valor los remansos aislados, el meandro que es casi una laguna, los afluentes por insignificantes que parezcan, no continuados a toda la cuenca fluvial hasta la desembocadura en el océano. Hoy en día, todo ha de ordenarse a la unidad y a la universalidad del ser. No olvidemos que la nueva España se encamina por el Imperio hacia Dios y que el antropocentrismo del Renacimiento y la Reforma ha sufrido en los últimos años tremenda derrota. Los valores de Creador y criatura se han colocado, para la actual sociedad española, en el puesto de honor que no debieron perder nunca desde los siglos medievales de la Etnarquía cristiana, y del mismo modo que en filosofía se vuelve a Santo Tomás y suele llevarse la abominación no tan sólo a los filósofos renacientes, sino al mismo Guillermo de Occam, en quien se inician, antes que en Descartes, y en Pomponacio, y en Juan de Jandú, los errores modernos de que hemos sufrido en España las últimas y feroces consecuencias, en la disciplina del derecho político, rama del derecho natural, como éste lo es de la ética y la ética de la metafísica, la teología y la religión, es oportuno que nos inspire la Etnarquía cristiana, preparada con alientos imperiales por San Gregorio VII y llegada a su auge con Inocencio III y los Pontífices del siglo XIII. Y no se oponga a estas verdades la idea de retrogradación. La falsa concepción del progreso como andar indefinido de lo imperfecto hacia una sombra de perfectibilidad que no llega nunca a la perfección, se ha extinguido ya al desembocar en la barbarie las falsedades de que se ha estado nutriendo la Humanidad desde que abandonó, en sus relaciones sociales de derecho público y derecho de gentes, la guía segura de los Pontífices Romanos.

Que no nos asuste el monstruo de la teocracia y el ultramon-

tanismo. Los estudios modernos se imponen en este punto con la fuerza de la evidencia. La serenidad en el discurso y la luz de la verdad disipan todo prejuicio y toda fórmula aceptada sin examen, y disponen las cosas de manera que se salven de continuo la unidad, la integridad, la universalidad en el ser, el pensamiento y las obras. La lógica, como la moral, se ajusta a la metafísica, y las sociedades, el ser moral, la persona jurídica no pueden seguir rumbo diferente del que se marca para los hombres con alma racional. ¿Cómo hemos de admitir un Estado que quiera legislar por sí sólo en materia de matrimonio, familia, enseñanza y cementerios con ideas contrarias a las que enseña la Iglesia Católica? Al Estado le corresponde, en su soberanía y autoridad, dictar leyes y disposiciones administrativas sobre asuntos tan vitales para las naciones como son los indicados, pero siempre de acuerdo con la Iglesia, pues se trata de capítulos morales y de derecho que en manera total le corresponden. ¿Hemos de tolerar el divorcio, que destruye la familia y con la familia la nación? ¿Han de continuar en sus cátedras los ateos, materialistas y positivistas con el perjuicio espiritual consiguiente de la juventud y la Patria? ¿Se han de tener por no existentes los preceptos del derecho canónico que santifican la tierra donde descansan los hombres desde su muerte natural hasta el día de la resurrección de la carne, proclamada por la Iglesia nada menos que con la categoría de dogma de fe? ¿Se ha de consentir la incineración como quieren los modernos paganos en su lucha encarnizada contra Cristo y sus enseñanzas?

La jerarquía viene aquí, como en todas las cosas, a resolver el problema de lo vario en lo uno, y como la jerarquía es armonía, pueden la Iglesia y el Estado, la vida religiosa y la sociedad civil, desenvolver libremente sus funciones sin que nunca se estorben, porque en un sistema armónico no se dan colisiones ni conflictos. Mientras no se rompe la armonía y la unidad; mientras se ordenan las cosas según la razón de jerarquía y como dispone la verdad absoluta y las disciplinas científicas que la manifiestan en sus diversos aspectos, todo va como sobre ruedas

—usemos una frase corriente muy gráfica—, y la vida social y el entendimiento especulativo se satisfacen, cual en la música de las esferas de Pitágoras y en los arquetipos eternos de las cosas, conforme a las doctrinas de Platón.

Las teorías y formas sociales que se oponen a la razón, de jerarquía y resultan, por consecuencia, incompatibles con la organización y el sentir constante de la Iglesia Católica, son la democracia, el liberalismo y el socialismo.

La democracia es uno de los regímenes gubernamentales señalados en la *Política*, de Aristóteles. Consiste en el gobierno del pueblo, en el dominio de la masa, en la soberanía de la muchedumbre, siempre irresponsable e iletrada. El Estagirita da como contrarias a dicha forma de gobierno la monarquía y la aristocracia. Como no es posible que la masa gobierne y que una multitud pueda ejercer el mando, se acudió desde antiguo, para sortear la dificultad y suavizar el absurdo de la democracia, a la doctrina de la representación. El pueblo no gobierna directamente. Nombra por sufragio un representante suyo, el cual se encarga de las funciones del poder. Las representaciones se van multiplicando. Nacen las asambleas más o menos limitadas; los organismos, que ya depuran las actividades de quienes ejercen directamente el poder, ya los vigilan, ya les exigen responsabilidad de sus actos, ya les marcan normas precisas, ya contribuyen con comisiones y fórmulas amañadas a los sofismas que pretenden apoyar la farsa de la democracia con fundamento y aparato intelectual y de ciencia.

El pueblo que, según los teorizantes de la doctrina, es el verdadero soberano, se limita a la función de un sufragio, tan falso y mentiroso como todo el sistema en su conglomerado de absurdos y falacias. Siempre en la democracia gobiernan los menos capaces, los más egoístas, los impúdicos, los que toman el mando con el único fin de su provecho personal, y como el sistema, a pesar de sus organismos depuradores y de la vigilancia que sobre los gobernantes parece que hay establecida, evita en todos los casos, por su misma naturaleza social, la responsabili-

dad de los mandatarios del pueblo logran así estos últimos, con seguridad y, sin riesgo de ninguna especie, entregarse a sus concupiscencias y bajos apetitos, sin que jamás haya resultado de un régimen democrático la prosperidad de un pueblo, de una nación, de un capítulo de la cultura, de una etapa gigante y decisiva en la marcha de la civilización a través de los siglos.

La Historia confirma de continuo estas verdades; pero como se ofrece amañada y falseada aquí y allá por los sofistas de la democracia, sobre todo a partir del filosofismo del siglo xviii y de su consecuencia lógica e inmediata la Revolución Francesa, conviene estudiar la Historia con mucho cuidado y con todo el aparato y el rigor de la erudición moderna y de los métodos que hoy en día se estiman infalibles al investigar la verdad.

La democracia, o ha llevado a los pueblos por el camino de la indignidad y de la ruina, o ha estado falseada en términos que la anulaban completamente y la convertían, de hecho, en monarquía o en aristocracia, y tal es el caso del siglo de Pericles en Atenas y de la Florencia de los Médicis al culminar en el siglo xv el Renacimiento italiano.

A veces, se ha retardado el desastre mediante la amalgama inestable durante mucho tiempo de la monarquía con una democracia templada, que, a veces, sólo vive en el papel. El ejemplo lo tenemos en Inglaterra y lo hemos tenido en España dos veces: en el reinado de Isabel II y durante la llamada monarquía de Sagunto de 1874 a 1931. De todos modos, ya se ha visto el fatal desenlace de una y otra etapa.

Pero ¿cómo conciliar por un lado verdades tan evidentes, doctrinas que no admiten el menor reparo y sombra de duda, ideas bañadas de luz, que no cabe desfigurar cuando se miran las cosas tal como ellas son, y de otra parte la tesis de Santo Tomás, sostenida con tradición gloriosa por muy ilustres teólogos católicos, de que Dios transmite al pueblo el poder y potestad que de El procede para que luego el pueblo lo entregue a su vez a sus elegidos? El sistema democrático y de elección que va en el régimen y gobierno de algunas Ordenes monásticas, especialmente

las mendicantes, ¿no viene también a contradecir la doctrina antidemocrática y a sostener lo que han proclamado con insistencia durante dos siglos liberales y demócratas? ¿Y qué decir de la oposición y violencia contra la tiranía defendidas, aunque no en forma y con el alcance que le asignaron los tratadistas liberales, por el P. Mariana y algunos otros teólogos y juristas muy ilustres y de mucha autoridad?

La cuestión por sí sola pide un libro de muchas páginas y no puede ser desenvuelta en este sitio. Pero en pocas palabras y en tono divulgador es menester soltar las dificultades y probar, mediante razones breves y convincentes, como reflejo que son de la verdad absoluta, que la democracia se opone a la Iglesia Católica en sus fundamentos doctrinales y en su razón de jerarquía, y, asimismo, a la realidad y objetividad de las cosas, a la recta razón, al buen discurso.

Hay dos maneras de democracia: la que se limita a la simple elección de los gobernantes, sean de un Estado político, sean de una comunidad religiosa o civil, sean encarnación de símbolos que unifiquen en su persona o en sus actos a una sociedad determinada, y la que, basada en la filosofía jurídica de Kant y de Hegel y nutrida en la escuela histórica de Savigny, prescinde de la moral en el derecho, olvida que hay una verdad absoluta y una ordenación general de medios afines y pretende sacar las normas sociales, no del orden moral y jurídico, no de la verdad del derecho objetivo, no de las reglas teológicas que encaminan los imperios hacia Dios, sino de la voluntad caprichosa de unos cuantos que saben imponerse a los demás y que proclaman de hecho la fuerza, y por doctrinas sucedáneas del verdadero derecho, todo un conjunto de lucubraciones, ambiente y maraña de la sociología positiva. Donde no existe el derecho de la verdad absoluta supeditada a la moral, a la metafísica, a la teología, a Dios, no puede darse una sociedad formada con arreglo a la razón y a la esencia íntima del ser humano. Si el derecho es uno e incommovible y no cabe modificarlo sin que se destruya, ¿cuál es la intervención directa o indirecta del pueblo en funciones que no le competen?

Hay una luz que alumbra a la que se han dirigido los pasos. ¿Hemos de apagarla para marchar en tinieblas? La democracia da a los pueblos la facultad de apagar esa antorcha de la fe y la razón en que se apoya el símil y vuelve al caos lo que el cristianismo y la Iglesia Católica han puesto en concordancia y armonía. En la democracia todos caminan por senderos torcidos, separados los unos de los otros, sin saber cada cual a donde va, ni qué fin persigue, ni la meta en que termina su peregrinación. Todos los hombres desunidos en desconcierto, sin unidad de aspiraciones sociales, sin un tono o diapason que arrastre en corrientes de concordia los anhelos del mundo en el reino del espíritu, puede decirse que las democracias han venido a ser (sobre todo en sus últimos resultados, de los que tenemos en España experiencia copiosa) imágenes del infierno, donde se atenaza la razón con la más desesperante y cruel de las insanias, con la total desintegración del alma, como si estuviéramos cayendo perpetuamente a un abismo sin fondo. El tormento de Sísifo palidece ante la pena cruelísima que prelude en el error y la mentira, la pena de daño de los condenados al fuego eterno. Y todo por sustituir el derecho, realidad objetiva y armónica en la obra de Dios, con la voluntad caprichosa de unos pocos antes de conseguir la libertad de perfección.

Es hora de resumir. He aquí unas pocas conclusiones racionales que se desprenden de un sereno discurrir sobre la materia. No son de recibo las democracias que prescindan de la objetividad y realidad del derecho como participación de la verdad absoluta y de la armonía que conduce a los hombres a Dios por los caminos de la sociabilidad humana. Si no puede sustituirse con una nueva guía o hilo de Ariadna la luz que se pone sobre los terrados y no bajo el celumín, ¿para qué se admite un sistema que trata de invertir los términos y lleva a la práctica la tesis opuesta al símil evangélico? Cuando un edificio, porque descansa en la roca incommovible, está firme y seguro, ¿han de intervenir otra vez los arquitectos en su fábrica y solidez de líneas? ¿Se han de escribir de nuevo las epopeyas homéricas, la *Eneida*, de

Virgilio; la *Divina Comedia*, el *Quijote*, las obras inmortales de la Humanidad? ¿Se han de hacer pedazos a golpes de martillo, para luego esculpir las con otro estilo de arte, las Venus de Médicis y de Milo; el *Discóbolo*, la estatua de Policreto, en que se fija el canon de la escultura; el *Moisés*, de Miguel Angel; el *Gatamelatta*, de Donatello; los mármoles y bronceos que son orgullo del arte universal? ¿Hemos de dar encargo a un pintor, por muy hábil que sea en su arte y por muy elevado y sobresaliente que su genio se reputa, para que pinte el *Entierro del Conde de Orgaz*, las Capillas del Vaticano, obra de Rafael; los lienzos de Velázquez, las maravillas de Goya? Hay en todo esto, no cabe dudarlo, una espiritualidad, una tradición que ha de entregarse a las generaciones venideras, acrecentada con los frutos personales de nuestro tiempo, con las nuevas riquezas de espíritu por nosotros adquiridas, pero nunca se ha de volver a hacer lo que ya está hecho y logrado en la marcha de la civilización.

Y si tal ocurre con las obras del ingenio humano, donde la realidad objetiva se impone, ¿qué no sucederá con los aspectos de la verdad absoluta, derivada de Dios y manifestada a la inteligencia y a la voluntad de los racionales en el orden moral y jurídico?

Las reglas de gobierno no han de ser alteradas nunca en lo que tienen de fundamento sobre el derecho natural y la moral eterna. Se pueden variar las formas, las vestiduras, el aspecto exterior que marca distancias y diferencias entre los pueblos, las edades, los siglos, las vicisitudes de un determinado momento; pero la democracia no quiere entender de tales sutilezas y modifica, por voluntad dañada y por sofisma engañoso, lo que hay de invariable en las instituciones. ¿Cómo ha de recibir la Iglesia de Cristo las ideas jurídicas de Kant y de las escuelas trascendentales alemanas que sirven de cimiento y arranque a los errores de la democracia y, sobre todo, del socialismo? ¿Cómo se ha de tolerar que se desintegre la esencia entera de las sociedades humanas, conjunto de armonías en el que las partes, sin excluir a ninguna de ellas, se supeditan al todo y se coordinan en relación

de premisas a consecuencias conforme a la magna teología del orden creado?

No. La democracia, que en el derecho y la moral, sustituye la obra de Dios por el caos y el desorden del infierno; la que da facultades a la voluntad para alzarse contra los designios providenciales en el satánico *non serviam*; la que cierra los ojos a la realidad y objetividad del orden jurídico supeditado al orden moral y arruina sus bases naturales de la metafísica, la teología y la revelación; la que busca el tono y el norte de su existencia y sus manifestaciones en los gritos descompasados y sin conciencia de las asambleas populares; la que sigue el capricho de las multitudes; la que acude al sofisma para excusar la sinrazón; la que marcha contraria a toda evidencia; la que niega el origen divino del poder; la que alega por razones de su actuación lo relativo, lo circunstancial, lo accesorio; la que admite, para satisfacerse mejor, el agnosticismo y el racionalismo ateo; la que abandona las ciencias morales y políticas para encontrar refugio inadecuado en el método experimental de las ciencias naturales; la que sirve de comodín a los tiranos; la que pone por bandera tópicos mentirosos; la que descubre su falsedad en los primeros pasos de un análisis somero; la democracia de los sensualistas ingleses, del enciclopedismo francés y de la Revolución, con mayúscula, de 1789; la que lleva por imágenes la populachería, el motín y el crimen, no puede ser nunca patrimonio de la Iglesia de Cristo ni han de profesarla en razón y conciencia los que han recibido en el bautismo la señal divina de la Cruz en la frente y dirigen sus ojos a la luz que no engaña, su inteligencia a la verdad, término de nuestros anhelos mentales, y sus pasos a la consecución de nuestro fin último y supremo en la eterna gloria por Dios prometida.

La otra democracia, la que se limita a elegir los gobernantes de una determinada comunidad, puede ser legítima y no dañar a nadie en sus resultados, cuando la entidad orgánica a que se aplica está lo bastante disciplinada y segura en su constitución y en los resortes del poder, para que luego, los elegidos por el

sistema de sufragio, gobiernen sostenidos por férreos armazones, que no les permitan torcerse a ningún lado ni seguir caminos diferentes a los previamente impuestos por la realidad de las cosas y el orden social en la determinación a que su gobierno se aplique. Así vienen a ser laudables las elecciones por sufragio directo de la comunidad que observamos en la vida de los dominicos, los franciscanos y las demás Ordenes mendicantes, si bien es de tener en cuenta el carácter de esta clase de elecciones. Se trata de familias religiosas con muestras evidentes de la divina gracia. Sucede en ellas lo que ocurre en la elección por el Conclave de los Romanos Pontífices. Los electores obran por inspiración del Espíritu Santo, de manera que, a causas distintas, por fuerza han de resultar efectos diferentes, sin olvidar, además, que la organización y vida de las comunidades religiosas, sobre la base de los tres votos monásticos y con el fin de lo perfecto en los horizontes de lo sobrenatural, admite concesiones, no a una masa soez e ignorante, sino a una sociedad homogénea, en la que cada uno de los electores, con derecho a ser elegido, posee la ciencia y la virtud suficientes para conducir con acierto la entidad que le nombra hacia los fines, siempre elevadísimos, para que la Orden fué fundada por un Santo de los altares y con la aprobación del Vicario de Cristo. Una comunidad monástica no es una muchedumbre, y no hay comparación racional con una democracia política al uso.

Otro de los sistemas sociales incompatibles con la Iglesia es el liberalismo. Así lo tiene declarado Pío IX en el *Syllabus*, y así se desprende de un ligero examen de sus doctrinas. El liberalismo nace de la duda. La razón de su existencia ha de investigarse antes que en la ciencia política, en la lógica y en la crioteriología.

Dudar vale tanto como suspender el juicio cuando razones contrarias lo solicitan. Si no hay motivos para la certeza se produce la duda negativa o ignorancia. Cuando existen dichos motivos contrapuestos nace la duda positiva, que recibe varios nombres: opinión, probabilidad, hipótesis... La duda universal no existe.

Es mera fórmula de algunos filósofos. La duda metódica de Descartes es solamente provisional. Constituye un sistema para llegar a la verdad. Hay con ello el riesgo de caer en el escepticismo, que establece la duda por la duda misma, mas ha de hacérsele justicia al autor y proclamar que su duda es una forma de prudencia, la cual conduce a una mayor seguridad *a posteriori* en la posesión de la verdad. No olvidemos que en este punto, San Agustín preconiza la obligación moral de asentir según conciencia, ya a la certidumbre, ya a la duda, y que el propio Descartes no admite la duda en todo lo referente al dogma católico y a los principios fundamentales y eternos de nuestra fe.

El liberalismo es una manera de escepticismo. Su base y razón suficiente se halla en la duda universal positiva. Si nada podemos conocer; si son buenas todas las intenciones encaminadas a una verdad que, en último análisis, no ha de encontrarse nunca; si es necesario renunciar en todo a la causa final, a la meta objetiva de nuestros anhelos especulativos y prácticos; si ha de ser criterio en las ideas y en la conducta el punto en que comienzan nuestras acciones el intento, el proyecto, el esbozo, la premisa sin conclusión, el arranque de un camino que se recorre a ciegas sin saber a donde conduce; si en el caos desesperante del *ignoramus et ignoravimus* se procede con honradez y nobleza para ver si casualmente, por una determinada dirección, cabe acercarse a un reflejo de una verdad aproximada, ¿cómo ha de negarse el derecho de cada uno a seguir su particularísima opinión en cuantos asuntos reclaman la inteligencia, la acción, el espíritu que en nuestra naturaleza racional sentimos agitarse? Una sociedad depositaria de la verdad absoluta hasta la última de sus consecuencias, incluso en el orden sobrenatural; un orden lógico perfecto que va respondiendo a cada una de las preguntas que el entendimiento se formula al tener conciencia de cada una de las aspiraciones del alma; la cifra especulativa y social que representa la integridad y seguridad en el conocer y el camino del alma hasta la consecución de su destino sobrenatural en la cuarta y más apetecible de las postrimerías, difícilmente se

han de coordinar con un sistema político que previamente tapa los ojos a sus afiliados y les dice que son incapaces de todo conocimiento superior al sensible. El que esté seguro de poseer una verdad, sea de la clase que fuere, no puede en aquel punto ser liberal, como no puede ser demócrata ni ser socialista, porque tales doctrinas, en cuanto se oponen a la armonía y a la jerarquía de la sociedad, vienen a desencadenar en la tierra los poderes del infierno y a convertir el cosmos de Dios en caos de Satán.